

**¿QUÉ SIGNIFICA HOY EN DÍA SER KANTIANO?
REFLEXIONES EN TORNO A LA INVESTIGACIÓN Y LA DOCENCIA
SOBRE LA FILOSOFÍA DE KANT^{1*}.**

Entrevista con

Claudia Jáuregui

Universidad de Buenos Aires

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

realizada por

Matías Oroño

Universidad de Buenos Aires

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

^{1*} Recibida el 16/07/2024. Aprobada el 19/07/2024. Publicada el 30/07/2024.

Jáuregui, C. (2024). ¿Qué significa hoy en día ser kantiano? Reflexiones en torno a la investigación y la docencia sobre la filosofía de Kant/ Entrevistada por Matías Oroño. *Siglo Dieciocho*, 5, 365-372.

I. Presentación

Como parte de las celebraciones del tercer centenario del nacimiento de Immanuel Kant organizadas por el Grupo de Estudios Kantianos de Buenos Aires (GEK), el viernes 19 de abril de 2024 se llevaron a cabo dos reportajes a reconocidos investigadores kantianos y también muy queridos docentes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, los Dres. Mario Caimi y Claudia Jáuregui. La actividad se desarrolló en el marco ofrecido por el Instituto de Filosofía Dr. Alejandro Korn - Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Quienes entrevistaron a los Profesores Caimi y Jáuregui fueron, respectivamente, los Dres. Marcos Thisted y Matías Oroño. La Profesora Jáuregui desarrolla su forma de aproximarse a los textos de la modernidad en general y de Kant en particular, desde un enfoque basado en problemas. En esta indagación sobre lo que las fisuras de una teoría nos dicen acerca de ella radica el eje del reportaje, que nos ofrece una discusión enriquecedora en torno a la enseñanza actual de la filosofía kantiana. Fiel a su búsqueda de fisuras, Jáuregui rechaza para sí el apelativo de “kantiana” y desacopla la identificación ingenua entre el investigador y su objeto de estudio.



II. Entrevista

— Algo que siempre me ha llamado la atención es que casi toda tu producción filosófica está centrada en temas de filosofía teórica en Kant. De hecho, allá por el año 2008, cuando fui alumno tuyo en un curso de Problemas Especiales de Filosofía Moderna, recuerdo que dijiste: “Vamos a encarar este problema, pero desde el punto de vista teórico. No vamos a abordar el problema del autoconocimiento desde el punto de vista práctico, ni nada por el estilo”. Eso ya me había llamado un poco la atención: ¿por qué, tratándose del problema del autoconocimiento, habías decidido abordar solamente la parte teórica? Y mi pregunta es, entonces: ¿por qué te dedicaste a estudiar la teoría del conocimiento de Kant? Teniendo en cuenta que, como sabemos, es un autor que abordó muchas áreas, no solamente temas de filosofía teórica.

— Efectivamente es así. Parte de la tarea de investigación que realicé tiene que ver con temas de filosofía teórica, particularmente de teoría del conocimiento. Creo que tiene que ver, en gran medida, con el modo en que yo llegué al autor. Ya durante mi carrera de grado, Kant era el autor que más me había llamado la atención. Y lo que especialmente me marcó fueron las clases que el profesor Jorge Dotti dio sobre la deducción trascendental. Esto fue un poco lo que me decidió a estudiar Kant. Y cuando empecé a dedicarme a estos temas me pasó algo curioso, y es que en algún momento en que cursé algún seminario, se me ocurrió —no me acuerdo muy bien por qué— hacer una monografía sobre la Refutación del Idealismo, que era un texto que hasta ese momento me generaba cierto rechazo. Voy a decirlo en estos términos: me parecía que la argumentación era sumamente débil. Es un texto, como seguramente todos recordarán, en el que Kant refuta a Descartes —el momento idealista de Descartes, en el cual toma como evidente su propia existencia mientras sigue dudando de la existencia del mundo exterior—. Y cuando me puse a estudiar este pasaje de la *Crítica de la razón pura*, me enamoré de él. El texto me fascinó; empecé a ver todo lo que había detrás de lo que Kant estaba diciendo, todas las implicancias que tenía respecto de la problemática de la autoconciencia y del autoconocimiento. Y sí, gran parte de mi investigación estuvo relacionada con temas que tenían que ver con esta cuestión. Y la circunscripción al plano gnoseológico tuvo que ver con que el problema creo que se plantea en ese plano; y que si bien, desde otros lugares, uno puede ir encontrando otras respuestas, desde el plano gnoseológico el problema no termina de resolverse.

Esto me llevó también, posteriormente, a seguir estudiando este tema, que tiene que ver básicamente con la autoconciencia, pero también con el autoconocimiento, en otros autores. Durante algunos años me alejé un poco de Kant, y estuve trabajando en otros autores modernos como Leibniz y Descartes. También, durante algún tiempo, estuve trabajando sobre el modo en que Husserl aborda este problema. Todo esto enriqueció bastante mi mirada sobre la cuestión. En algún momento volví a la filosofía kantiana y, a partir de ahí, empezaron a interesarme otros temas de teoría del conocimiento. Esta problemática que tiene que ver con el autoconocimiento supone cierta dificultad en aplicar las categorías de relación al sentido interno; y eso me llevó también a dedicarme a estudiar durante bastante tiempo las analogías de la experiencia, es decir, a estudiar el problema de la causalidad, particularmente pensando hasta qué punto Kant está respondiendo a Hume. Y cuando comencé a trabajar sobre esta cuestión, me di cuenta de que las posiciones más habituales con respecto a este problema no le estaban haciendo justicia al texto. Y luego también hubo otro problema que me resultó interesante, y que también es un problema gnoseológico (volviendo a la cuestión de tu pregunta) al que le dediqué bastante tiempo: el problema de las regularidades empíricas. Bueno, como todos sabemos, Kant está muy enfocado en las condiciones de posibilidad de la experiencia que son formales. Pero hay condiciones materiales también. Se requiere, por ejemplo, que algo nos afecte; y que, como resultado de esa afección, haya una modificación interna del sujeto que es la sensación. Esto queda un poco en las sombras, ya que Kant está especialmente interesado en destacar las condiciones formales de posibilidad de la experiencia. Pero hay algo, que —me parece a mí— queda todavía aún más en las sombras, y es hasta qué punto podemos considerar, como condición material de la experiencia, el comportamiento uniforme de lo fenoménico. Porque efectivamente uno tendría que pensar que la posibilidad de la formación de conceptos empíricos, y la condición de posibilidad del ascenso de lo particular a la ley empírica supone este comportamiento uniforme. La respuesta kantiana a esta cuestión, a diferencia de la respuesta de Hume, para quien nuestra expectativa de uniformidad se basa en algo contingente como el hábito, se resuelve apelando a un principio *a priori*: el principio de conformidad a fin, del cual nos habla en la tercera *Crítica*. Una vez que llegué a la *Crítica de la facultad de juzgar*, tanto por el problema de la causalidad como por el problema que tiene que ver con las regularidades empíricas, empecé a desprenderme de la perspectiva gnoseológica. Y esto es así porque, a través de todo el texto, Kant va buscando la relación entre naturaleza y libertad. O sea, necesariamente ahí entra a jugar todo el sistema.

En los últimos tiempos, me fui ya alejando totalmente de temas propiamente gnoseológicos. Estoy trabajando en la Primera parte de la tercera *Crítica*, particularmente en la concepción kantiana del arte. Llegué un poco a estos temas porque mis grandes amores son la filosofía y la música. Y, de alguna manera, mi experiencia con la música parecía responder a la “fenomenología” de lo sublime que se presenta en la tercera *Crítica*, a pesar de que Kant contrapone, en varios aspectos, la experiencia de lo sublime y la de lo bello. Esto me llevó a investigar hasta qué punto, desde la perspectiva kantiana, puede haber en el arte una combinación de belleza y sublimidad, a pesar de las características contrapuestas que presentan lo bello y lo sublime. También, cuando empecé a trabajar sobre la concepción kantiana del arte, particularmente sobre su concepción de las ideas estéticas, empecé a ver que las mediaciones entre lo sensible y lo suprasensible que generan estas ideas permiten flexibilizar ciertos límites gnoseológicos que la teoría establece. Kant señala que las ideas estéticas tienen cierto núcleo conceptual al que se adhieren atributos estéticos que son representaciones intuitivas. Y el libre juego de la imaginación produce un intenso movimiento del pensamiento que hace que ese núcleo conceptual se desborde, y que la idea estética ya no resulte conceptualmente aprehensible. Cuando ese núcleo conceptual es una idea de la razón, la idea estética, de alguna manera, la sensibiliza, ayudándonos a traspasar, por una vía no cognitiva, los límites de la experiencia, y facilitando, de este modo, el acceso a lo suprasensible. Pero a mí me parece que también cabe la posibilidad, aunque es una cuestión controversial, de que ese núcleo conceptual sea un concepto empírico. Es más: podría ser un concepto empírico referido a cualquier fenómeno, interno o externo. Además Kant dice expresamente que podría ser un afecto (por ejemplo en el caso de la música sin texto). Cuando empecé a estudiar este tema, se me ocurrió pensar que esta flexibilización de los límites de nuestra capacidad para conocer no se da solamente en dirección hacia lo suprasensible, sino que se da también dentro del plano fenoménico mismo. Aquellos problemas relativos al autoconocimiento –sobre los que había trabajado en un comienzo– podrían reconsiderarse desde esta perspectiva no cognitiva. Digo esto respondiendo a tu primera pregunta: salgámonos un poco de la teoría del conocimiento a ver qué pasa. Las ideas estéticas no son representaciones cognitivas, pero el artista, el genio, al elegir las, tiene la capacidad de hacer universalmente comunicables estados internos que no son objetivables en el marco de la teoría del conocimiento que Kant está proponiendo. Y entonces, de alguna manera, ese problema relativo al autoconocimiento, que se origina en la dificultad respecto de la objetivación de los fenómenos internos, puede abordarse desde la perspectiva del arte.

— Es muy llamativo el protagonismo que la das a la noción de “problemas filosóficos”. ¿Podrías contarnos qué entendés por tales “problemas filosóficos”? Teniendo en cuenta

que no es el único enfoque posible, ¿Qué te llevó a adoptar el enfoque basado en “problemas”?

— Efectivamente, no es el único enfoque posible. Tampoco pretendo que sea el más importante. Cualquier trabajo serio me parece que suma. Si el enfoque es histórico, suma; si es filológico, también suma. Pero lo que a mí me convoca, lo que a mí me entusiasma en general en cualquier autor, y en particular, en Kant, es: una vez que vi la catedral desde lejos y quedé maravillada, acercarme y empezar revisar dónde están las fisuras. Porque si la catedral es tan maravillosa, y si el autor de esa catedral tuvo la capacidad de hacer semejante obra, y aun así tiene fisuras, ahí hay algo; hay algo que no me puedo perder. Tengo que empezar a escarbar: ¿qué hay detrás de la fisura? Y detrás de la fisura, por mi experiencia, siempre está uno de los grandes problemas de la filosofía. Me resulta sumamente interesante. Mi manera de aproximarme a los autores, y a Kant en particular, tiene que ver con que el autor me ayuda a pensar a mí. Tomando una metáfora conocida, que muchas veces le escuché a Mario Caimi, si yo me paro en los hombros del autor, veo más lejos que desde mi propia estatura, es decir, tengo una perspectiva mayor. Y yo tengo la sensación de que Kant es el autor que me ayuda a ver más lejos, si lo comparo con otros. Lo interesante es que me ayuda *a mí* a problematizar. Por eso el enfoque problemático es el que más me moviliza; sin desconocer, por esto, la importancia que puedan tener los otros enfoques. Y desde el punto de vista de la enseñanza: si uno tiene un profesor que tiene un enfoque; y luego tiene otro profesor que tiene otro, bienvenido, todo enriquece. Pero a mí particularmente lo que más me entusiasma es hacer el trabajo de armar el rompecabezas: el cuadro es maravilloso, hermoso; pero cuando uno se acerca, hay una pieza que no encaja, que está puesta a presión. ¿Qué sucede si la muevo? Tal vez logro colocarla, pero entonces se mueve otra que ahora ya no encaja bien. Ese tipo de trabajo a mí me resulta sumamente interesante desde lo filosófico. Los otros enfoques también son valiosos, pero no me despiertan el mismo interés.

— ¿Esto implicaría una posición antagónica a la que hace unos minutos sostenía Mario, cuando afirmaba que frente al texto, el ignorante siempre soy yo?

— Yo adhiero a esta posición de Mario. En la experiencia que te contaba de la Refutación del Idealismo, la equivocada era yo. Primero uno debe pensar que es uno el que no entiende. Muchísimas veces pasa. Si uno no entiende algo, primero hay que poner en duda su propia



posición. Uno no está viendo todo lo que el texto dice. En los textos kantianos, esto suele pasar. Yo creo que todos nosotros hemos tenido la experiencia de volver sobre textos que hemos leído un millón de veces, y volver a encontrar cosas... Y uno piensa: estuve años estudiando esto, y no lo veía, ¿puede ser? La profundidad es tal que siempre hay algo que Kant vio, y uno no pudo ver en un primer momento.

— **Hace tiempo me comentaste que no te gusta pensarte como kantiana, sino como especialista en la filosofía de Kant. Me parece interesante esta distinción. ¿Qué podrías comentar al respecto?**

— Tiene un poco que ver con todo esto que venía diciendo. Cuando decía que no me reconozco como kantiana, me refería a que no soy kantiana como, tal vez, un tomista podría ser tomista. Lo que a mí me importa cuando me aproximo a un autor, es que el autor me haga pensar, que me ayude a ver los problemas, o las preguntas, con mayor profundidad. Aunque no comparta la respuesta. Me parece que son dos cosas diferentes. Puede ser que no tenga afinidad con la respuesta; que diga: “Esta respuesta, no me convence”. Pero la manera en que aborda el problema hace que me pare sobre sus hombros, y que esté viendo mucho más lejos que lo yo sola podría ver. No soy entonces kantiana en el sentido de que me haya apropiado de todas las respuestas que da Kant. Hay respuestas con las que tengo más afinidad, y otras con las que tengo menos; en general todas me deslumbran, pero no diría que las adopto todas a la manera de una doctrina. A veces me pasa que digo algo, y me responden: “Ah, pero Kant no dice eso...”. Sí, está bien. Por eso, si tuviera que describirme, diría que soy una persona muy interesada en esa filosofía, pero no diría que soy kantiana.

— **Si tuvieras que señalar la mayor fisura que ves en la filosofía kantiana, ¿cuál destacarías?**

— Para mí es esta que mencione al comienzo, y que tiene que ver con el autoconocimiento. O sea: la falta de permanencia en el sentido interno hace que no se pueda aplicar la categoría de sustancia al yo empírico, al yo fenoménico; si no se aplica la categoría de sustancia al yo fenoménico, no se aplican las otras categorías de relación, y no tenemos un objeto, tenemos un pseudo-objeto. Parece que la teoría está pensada para dar cuenta de los objetos exteriores, y que de alguna manera eso después se traslada al ámbito de lo psíquico.

— **¿Cuáles son tus expectativas, cuáles son las metas que tenés en mente al momento de pensar tu tarea como docente y como investigadora? Como exalumno, y también lector de muchos de tus trabajos, siempre quedé maravillado. Pensaba: “¿cómo esta persona proyectó su clase, para que la clase salga tan bien?”. Si es que tenés respuesta, tal vez no la haya.**

— Desde el punto de vista de la docencia, mi primera meta es funcionar como puente. Me parece que Kant no es un autor que uno pueda estudiar como autodidacta. Abordo la clase entonces con una actitud más bien de servicio. Me digo a mí misma: “Yo me pasé la vida estudiando esto. Lo pongo al servicio de los estudiantes para acercarles algo que, si no, queda muy lejano”. Eso en primer término: tratar de que se vuelva accesible un autor que tiene fama de inaccesible.

Después, en las clases, yo de alguna manera hago esto que venía mencionando antes: esta cuestión de problematizar. No transmitir una verdad hecha. No me gustan las clases expositivas. No me gusta exponer el autor. Por eso trabajo mucho sobre los textos. Me gusta discutir, porque precisamente me gusta mucho este trabajo de ver dónde está el problema, cómo lo podríamos resolver, qué contestaría el autor, qué estamos viendo nosotros. Como investigadora, finalmente, hago lo mismo también: empiezo a leer, leer, leer, y finalmente aparece algún problema. Y trato de resolverlo, de dar alguna respuesta (una en un millón). Trato de resolverlo de alguna manera que se vuelva coherente con la teoría en general. Tanto en el ámbito de la docencia y como en el de la investigación es lo que me resulta más interesante.

— **¿Tu propósito sería ayudar a los estudiantes a reconocer que todas las teorías tienen fisuras?**

— Se los digo así, expresamente. A veces con Kant es un poco más difícil en una primera aproximación. Pero en un autor como Descartes, por ejemplo, en el que contamos con las Objeciones y Respuestas que nos sirven para problematizar absolutamente todo, ahí yo les llamo la atención sobre esta tarea de ir a mirar las partes “mal cosidas” de la teoría. Alguna vez los estudiantes me han dicho: “Bueno, al final, estaba todo mal”. Pero yo les respondo: “No es que estaba todo mal. Todas las teorías tienen fisuras, y eso es lo interesante...”.